EH!... PÁRA!...

Paró el tren.

Ya de noche, unos viejecitos han salido á la estación en un pueblecillo de la Mancha; traen su hija... Contará dieciseis años, menuda, de diminutas graciosas facciones tostadas por el sol, sana, candorosa... ¡una florecilla del campo!...

La envían á Madrid con el santo propósito de que se ponga á servir, á ver si hace una buena suerte... Les daba pena verla trabajar

en la extensa llanura lo mismo que los hombres, como bestia de carga...

Se han unido los tres en estrecho abrazo de despedida; se han dado muchos besos; después, la muchacha ha subido al tren, sola, á la buena de Dios. Los viejos, desde el andén, le hacen, con amante celo, juiciosas recomendaciones:

—No te asomes á la ventanilla, que se pudiese abrir la portezuela y te pudieses caer.

—¡Ay, Dios mío!

—El billete ahí le llevas... ten cuidado, que pudieras perderle.

—Y en Madrid, á ver cómo te portas!...

—Que no dejes de escribir.

—¡Hijita mía!...

Ha partido el tren... Los viejecitos quedan llorando y sus vagas siluetas, allá, en el andén, se alejan, se pierden... La muchacha, en el vagón, también llora, sentada con abati-

miento en el duro banco de madera... ¡doblada la cabeza sobre el pecho como florecilla tronchada!...

Y vuela el tren por el infinito llano de la Mancha en la negra noche sin luna.

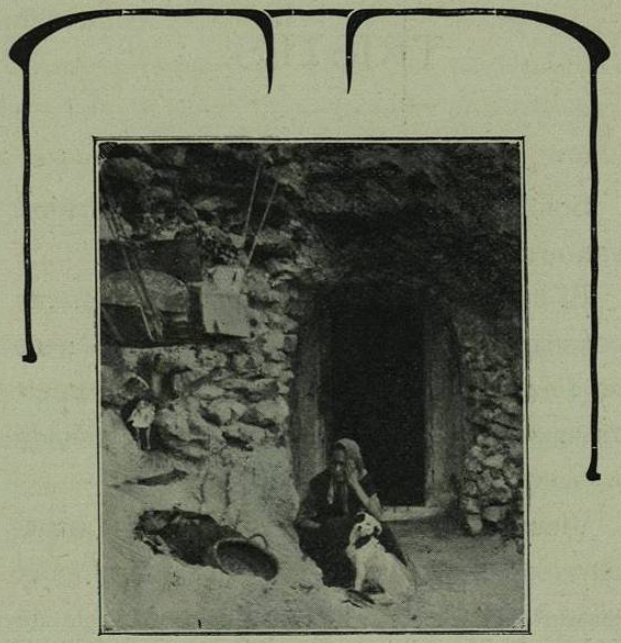
. . . . . .

El tren marcha.

La muchacha llora inconsolable, hilo á hilo, con suspirar silencioso, como si hubiera de llorar siempre... Contemplándola, evoco á los viejecitos, allá en el lejano andén, llorando también sin consuelo, arrepentidos quizás de haberla dejado partir.

. . . . . .

Y aquel dolor (ese dolor que es la primera realidad de muchos sueños de ventura) se posesionó de mi ánimo, me obsesionó y, al asomarme á la ventanilla, me pareció, en la negra noche, ver á los dos viejecitos que en vertiginosa carrera iban en pos del tren... Y á

fuerza de creer quiméricamente que eran ellos, también me pareció, entre el ruido ensordecedor de la marcha, oirles gritar pesarosos, arrepentidos, con voces angustiadas, suplicantes, doloridas:

—¡Eh!... ¡maquinista!... pára!... pára!...